

COMBATE DE SAN LORENZO

ENCUENTRO CON LA GLORIA

Miguel Ángel De Marco



Ternium

Siderar



+ El Cabildo de Buenos Aires visto desde los arcos de la Recoleta. Acuarela de Emeric Essex Vidal.

EL AÑO 1812 HABÍA COMENZADO CON SERIAS DIFICULTADES PARA LA MARCHA DE LA LIBERTAD, PROCLAMADA POCO MENOS DE DOS AÑOS ANTES, EL 25 DE MAYO.

INTRODUCCIÓN

Los realistas dominaban el Alto Perú y el poderoso bastión de Montevideo, y ponían en peligro a las poblaciones ubicadas en las costas de los ríos Paraná y Uruguay. El 2 de marzo de 1811, frente a San Nicolás de los Arroyos, los buques del apostadero naval de aquella plaza habían derrotado a la reducida escuadrilla al mando del maltés Juan Bautista Azopardo, y realizaban frecuentes incursiones para proveer de alimentos a la ciudad sitiada.

Por orden del Primer Triunvirato, establecido el 23 de septiembre de 1811, el jefe del Regimiento de Patricios, brigadier Manuel Belgrano, marchó al frente de esa unidad y del batallón de Castas con el fin de levantar dos baterías en Rosario para oponerse a las naves españolas. Cumplió su misión, y el 27 de febrero enarboló en las barrancas del entonces pequeño poblado la bandera que se convertiría en el emblema de un pueblo libre. Casi de inmediato, marchó para hacerse cargo del mando del desmoralizado Ejército del Alto Perú.

1776
1° de agosto

Erección del Virreinato
del Río de la Plata.

1778
25 de febrero

José de San Martín
nace en Yapeyú.

1791
1° de julio

Se inicia su carrera
en el ejército español.

SAN MARTÍN LLEGA AL RÍO DE LA PLATA

Bajo tan complejas circunstancias, el Triunvirato recibió un inesperado aporte. El lunes 9 de marzo de 1812, llegó a Buenos Aires la fragata inglesa George Canning, luego de cincuenta días de navegación.

Había partido un brumoso y frío 14 de enero, y remontado el Támesis en busca del mar. Llevaba entre sus pasajeros a varios oficiales que marchaban hacia Buenos Aires para poner sus espadas al servicio de la Revolución. Todos habían combatido en España contra los invasores franceses, quienes luego de conquistar la península sólo habían frenado su impulso frente a la inexpugnable Cádiz.

La Gazeta de Buenos Ayres dio cuenta del arribo en su edición del 13 de marzo:



“A este puerto han llegado, entre otros particulares que conducía la fragata inglesa, el teniente coronel de caballería José de San Martín, primer ayudante de campo del general en jefe del Ejército de la Isla [de León, Cádiz], marqués de Coupigny; el capitán de infantería Francisco Vera; el alférez de navío José Zapiola; el capitán de milicias Francisco Chilavert; el alférez de Carabineros Reales Carlos Alvear y Balbastro; el subteniente de infantería Antonio Arellano y el primer teniente de Guardias Walonas Eduardo Kainitz, barón de Holmberg. Estos individuos han venido a ofrecer sus servicios al gobierno y han sido recibidos con la consideración que merecen por los sentimientos que protestan en obsequio de los intereses de la Patria”.

1808

19 de julio

Batalla de Bailén. En toda la península se lucha para expulsar a los franceses.

1810

Cae la Junta Central de Sevilla
30 de enero

Comienzan las revoluciones hispanoamericanas. El 25 de mayo asume el Primer Gobierno Patrio en Buenos Aires.

1811

6 de septiembre

San Martín pide la baja del ejército español y viaja a Lisboa y a Londres.

EL JEFE MÁS DISTINGUIDO

SAN MARTÍN NO SOLO ERA EL OFICIAL DE MAYOR GRADUACIÓN SINO QUIEN POSEÍA LA CARRERA MILITAR MÁS PROLONGADA Y MERITORIA.

Había nacido en Yapeyú, capital de las Misiones Jesuíticas del Río Uruguay, el 25 de febrero de 1778, y era el quinto y último hijo del matrimonio del capitán Juan de San Martín con Gregoria Matorras.

Don Juan había comenzado su carrera en la clase de tropa. Al nacer José, contaba 50 años. Antes de partir, cuando se hallaba en Málaga, recibió los despachos de teniente de infantería. A su llegada a Buenos Aires, en 1764, el gobernador, teniente general Pedro de Cevallos, le encargó el entrenamiento e instrucción del Batallón de Milicias de Voluntarios Españoles. Participó un año más tarde en el bloqueo de la Colonia del Sacramento, que se hallaba en manos portuguesas, y en 1766 se le encomendó la comandancia del partido de Las Vacas y Víboras, actual República Oriental del Uruguay. Más tarde, se le confió a San Martín la posición de teniente de gobernador del departamento de Yapeyú, que comprendía el pueblo de ese nombre y los de la Cruz, San Francisco de Borja y Santo Tomé. Allí permaneció, ya con el grado de capitán, hasta diciembre de 1780. Por entonces envió a Buenos Aires a su esposa e hijos, a quienes siguió en febrero de 1781. Luego de ofrecerse sin éxito al virrey Vértiz para ocupar el puesto que él creyese conveniente o con el fin de ocuparse a la instrucción militar de los naturales, pidió y obtuvo permiso para volver a España. La familia San Martín llegó al puerto de Cádiz a bordo de la fragata Santa Balbina el 25 de marzo de 1784.

Vivieron en la ciudad atlántica algo más de un mes para luego trasladarse a Madrid, donde don Juan

gestionó infructuosamente el ascenso a teniente coronel y un empleo decoroso en América, sin obtener otra cosa que el retiro y sumarse a la plaza de Málaga como ayudante supernumerario. Allí estuvo el futuro Gran Capitán desde los siete hasta los trece años. Luego se incorporó al Regimiento de Murcia, El Leal, para pasar más tarde a Marruecos e iniciar su prolongado servicio bajo las banderas borbónicas, que lo llevaría a combatir en las campañas del Rosellón, a embarcarse en la fragata Santa Dorotea para sufrir prisión por los ingleses, a participar en la rápida e incruenta campaña que el gracejo popular bautizó como la Guerra de las Naranjas—la cual culminó con la toma de la plaza portuguesa de Olivenza—, y a entregarse finalmente a la instrucción de los Voluntarios de Campo Mayor, con quienes el joven oficial se trasladó a Cádiz tras una breve permanencia en el Puerto de Santa María.

Desde esa ciudad partió hacia Portugal a las órdenes del general Solano, marqués del Socorro y de la Solana, quien pronto reconoció las aptitudes superiores de José de San Martín, que lo secundó en el infructuoso intento de alzar las fuerzas de su mando contra Napoleón después de los sucesos madrileños del 2 y 3 de mayo de 1808 que iniciaron la rebelión de toda la península contra los invasores franceses. El regimiento de San Martín se unió al ejército que el general Francisco Javier Castaños reunía para combatir a los franceses del general Dupont que marchaban hacia Sevilla. La vanguardia estaba a las órdenes del marqués de Coupigny, y allí existía una “división volante”, en la que el joven José de San Martín era jefe de las fuerzas avanzadas.

HÉROE DE ARJONILLA Y BAILÉN



+ Medalla otorgada a los vencedores en la batalla de Bailén. Museo Histórico Nacional.

El 23 de junio de 1808, San Martín marchaba al frente de sus hombres cuando se encontró en Arjonilla con una partida enemiga. Pese a contar con escasas fuerzas, el oficial se lanzó al ataque y derrotó a los dragones imperiales, que tuvieron 17 muertos y 4 heridos.

En aquella acción, tal como ocurriría después en el combate de San Lorenzo, el arrojado con el que San Martín encabezó la carga resultó en la muerte de su caballo, tras lo cual quedara a merced del enemigo. Salvó su vida un soldado de los Húsares de Olivenza, comandados por Juan de Dios. Por la hazaña de no rehuir la lucha contra un enemigo superior en número y con reputación de invencible, San Martín fue ascendido y se le dio un premio en dinero a la tropa. La Gaceta de Sevilla expresó: “Los que huyen de esta manera son los vencedores de Jena y Austerlitz”. Además, para honrar su valentía, Coupigny nombró edecán a San Martín.

El general Castaños quería atraer a Dupont para presentarle batalla en campo abierto en Bailén. San Martín asistió al consejo de guerra donde se decidió la maniobra y el plan de operaciones. La batalla tuvo lugar el 19 de julio de 1808 y duró nueve horas, en

un día de calor sofocante. Los españoles carecían de agua y debían pelear a campo abierto. Los franceses llevaron adelante cinco ataques impetuosos que fueron rechazados sin que las tropas hispanas abandonaran su plan defensivo. Durante la tercera carga, Coupigny, junto a quien iba San Martín, debió acudir en ayuda del extremo izquierdo atacado por dragones y coraceros franceses. El jefe español hizo retirar a los enemigos por medio de un cambio de frente.

Cerca del mediodía, con la certeza de la derrota y la seguridad de que no obtendría refuerzos, el general Dupont pidió capitular. En aquella cruenta batalla se habían enfrentado casi 93 mil hombres de ambos bandos.

Coupigny recomendó el ascenso de San Martín a teniente coronel, y el mismo marqués le remitió la certificación de servicios y la condecoración conferida a los protagonistas de la victoria.

La carrera militar del veterano hijo de Yapeyú continuó al lado de su ilustre jefe. Lo acompañó en el Ejército de Cataluña y se separó cuando ese ejército pasó a la Junta Militar de Sevilla en 1809. En 1810 volvió a ser su ayudante de campo en el ejército

1812

9 de marzo



Llegan a Buenos Aires el futuro Libertador y varios oficiales.

16 de marzo



El Primer Triunvirato le encarga al teniente coronel José de San Martín la formación de un escuadrón de Granaderos a Caballo.

11 de septiembre



Creación del segundo escuadrón y, el 15 de diciembre, del tercer escuadrón.

situado en Torres Vedras. En febrero de 1811 ambos llegaban desde Lisboa a Cádiz, último reducto de la resistencia española en Andalucía.

Allí, San Martín encontraría definitivamente su destino.

La logia de Cádiz

En 1797, el venezolano Francisco de Miranda había constituido en Londres una sociedad secreta con el nombre de Gran Reunión Americana, a través de la cual comenzó a reunir a los que anhelaban la independencia de sus respectivas patrias. La asociación se extendió hasta Cádiz y América, donde fomentó los movimientos revolucionarios. La logia de Cádiz se reunía en la casa de Carlos de Alvear con el nombre de "Sociedad de Caballeros Racionales". San Martín se afilió en 1810 y en aquel momento adoptó la decisión de volver a su tierra.

Luego de pedir su retiro del ejército español, zarpó el 14 de septiembre de 1811 de Cádiz a Lisboa y de allí hacia Londres, donde permaneció tres meses y tomó contacto con otros americanos en la casa de Miranda, entre los que se encontraban diputados independientes de Venezuela.

+
Vista de la batalla
dada en los campos
de Bailén, por el
ejército español
a los franceses.
Grabado de época.



EL REGIMIENTO DE GRANADEROS: ESCUELA, DISCIPLINA Y CORAJE

Tales eran los antecedentes del hombre que se había presentado con sus compañeros ante el secretario del Primer Triunvirato, Bernardino Rivadavia. Reconocido en su grado de teniente coronel el 16 de marzo de 1812, recibió el cometido de organizar un regimiento de caballería (primero fue un escuadrón) según un proyecto que se basaba en su experiencia personal y su agudo conocimiento de la historia militar.

San Martín reflejaba un aspecto físico y una imagen de seriedad y competencia que despertaba confianza entre las personas bien inspiradas. Era un hombre de estatura más bien elevada para la época, de piel olivácea y rostro armonioso en el que fulguraban sus ojos oscuros y penetrantes. Su voz era grave y metálica: hablaba con un dejo andaluz, fruto de sus muchos años de servicio en tierras meridionales de España. Su andar era el de un auténtico soldado, ya sea que vistiera ropas civiles o usara el sencillo uniforme azul con botonadura dorada elegido como prenda para los oficiales de su cuerpo.

La idea, planteada en detalle a los triunviros Manuel de Sarratea, Feliciano Antonio Chiclana y Juan José Paso, y a los secretarios Rivadavia, José Julián Pérez y Vicente López y Planes, fue formar un regimiento de Granaderos a Caballo, como los que se habían destacado en Francia desde los tiempos de la guerra de la Liga de Augsburgo (fines del siglo XVII) y durante las luchas napoleónicas.

En la nueva unidad, debía predominar un espíritu de cuerpo y una disciplina que la tornara invencible. El personal de tropa tenía que poseer buena estatura, complexión vigorosa y espíritu arrojado. En cuanto a los oficiales y cadetes, San Martín prefería a hombres jóvenes de familias conocidas, dotados de ilustración, inteligencia y vocación por la carrera de las armas, aunque no descartaba incorporar a quienes hubieran salido de las filas pero acreditaran experiencia y buenas fojas de servicios.

El Triunvirato aceptó que se formase un regimiento de cuatro escuadrones con tres compañías cada uno. Los oficiales y la tropa del primer escuadrón fueron cuidadosamente elegidos por el propio San Martín. El segundo escuadrón quedó constituido el 11 de septiembre y el tercero, el 15 de diciembre de ese año.

El núcleo inicial fue formado por sus compañeros de viaje Carlos de Alvear y José Matías Zapiola. Entre los oficiales y cadetes se hallaban sus cuñados Manuel y Mariano de Escalada (San Martín se casó a los seis meses de llegar a Buenos Aires con María de los Remedios Escalada), Mariano Necochea, Manuel Estanislao Soler, Ángel Pacheco, Juan Galo de Lavalle y otros que completaron los cuadros.

+
San Martín en 1813
en el cuartel del
Retiro. Óleo de Pablo
C. Ducros Hicken,
1958. Círculo Militar.
Buenos Aires.



LOS OFICIALES ERAN, COMO DIJO BARTOLOMÉ MITRE EN SU HISTORIA DE SAN MARTÍN Y DE LA EMANCIPACIÓN SUDAMERICANA,

“LA AMALGAMA DEL
COBRE Y DEL ESTAÑO QUE
DABA POR RESULTADO EL
BRONCE DE LOS HÉROES”.

PREPARAR LOS MEJORES SOLDADOS

Decidido a preparar a sus hombres para cualquier eventualidad guerrera, tomó a su cargo la conducción de una academia de instrucción práctica mediante la cual introdujo a los que ejerciesen el mando en la enseñanza de la táctica y en el manejo de las armas. Con el fin de comprobar el temple de sus oficiales, les tendía asechanzas y sorpresas nocturnas en todo momento, de las que debían salir airosos.

En el campo de instrucción de los cuarteles del Retiro, colocaba sandías sobre estacas de altura humana ubicadas de modo tal que asemejaran

enemigos en el campo de batalla, y adoctrinaba a sus hombres sobre el modo de descargar sus sables al galope, de modo de partir la fruta de un solo corte como debían segar las cabezas de sus enemigos. Era tal la eficacia de los golpes de aquellos centauros, que en el sitio de la batalla de Maipú se hallaron muchos años después cráneos partidos por la mitad y cañones de fusiles igualmente tronchados.

El oficial y el soldado debían aprender la técnica del afilado “a muela” o “a molejón”, que tornaba sus armas en especie de navajas.

SAN MARTÍN INSTITUYÓ UN TRIBUNAL DE DISCIPLINA CON LOS OFICIALES, EN EL QUE ELLOS MISMOS DEBÍAN SER LOS CELADORES, LOS FISCALES Y LOS JUECES, PRONUNCIAR LAS SENTENCIAS Y HACERLAS EFECTIVAS.

En los primeros tiempos, los aros, colocados en las orejas, servían, como ocurría en los ejércitos de Napoleón, para evitar las deserciones. En el cuartel y en los campamentos se les pasaba una cuerda por los aros y así quedaban los soldados unidos unos a otros, de modo que si alguien intentaba huir, saltaban sus compañeros e incluso él mismo

transidos de dolor. Algunos oficiales, como Ángel Pacheco, se colocaron tales argollas para mostrar solidaridad y camaradería militar con sus hombres. Y abandonada la práctica represiva por la veteranía y el amor al cuerpo de los intrépidos granaderos, estos siguieron usándolos como símbolo de pertenencia al glorioso regimiento.



UNIFORMES Y ARMAS

+
Morrión actual de
oficial de granaderos.

Si bien el arma predilecta era el sable, no existía uniformidad entre las armas de ese tipo con que se proveía a la tropa. Debían ser de latón, largos, pero debido a que en los depósitos del Estado no había existencias, se recurrió a distintos medios para adquirirlos. Incluso se recolectaron entre particulares, tarea que estuvo a cargo del Cabildo de Buenos Aires. Recién para la campaña de los Andes, todo el regimiento pudo contar con sables de un mismo modelo, provenientes de la fábrica de Caroya. Las otras armas eran la carabina que portaban algunos, no todos, colgando de una bandolera al costado del cuerpo, y la lanza que los granaderos utilizaron sólo los primeros años y en especial en San Lorenzo, donde, como veremos más adelante, todo el combate se libró con armas blancas. Las lanzas eran cortas, con asta de madera dura, moharra y regatón.

En combate, la primera fila debía atacar con lanzas, y la segunda, con carabinas y sables. Por las dificultades que implicaba recargar las armas de fuego, las armas blancas jugaban un papel predominante.

Con respecto a la vestimenta, Julio M. Luqui Lagleyze la describe así: “El primer uniforme de los Granaderos fue diseñado por San Martín y era simple y austero: una casaca larga de faldones, con pantalón, capote, gorra de cuartel, todos azules; con sólo el cuello, las vueltas y los vivos rojo carmesí; el chaleco blanco y los botones dorados; el morrión de cuero, con carrilleras, forrado de paño, con una granada flamígera al frente, escarapela celeste y blanca, cordones amarillos y un penacho alto de lana verde. Las botas altas con espuela de hierro, y armados de lanzas enastadas y carabinas tercerolas. Más tarde, por economía, se varió el color del cuello y las bocamangas quedando todo azul con sólo el vivo grana. Las casacas llevaban granadas amarillas en los faldones y los pantalones tenían refuerzo de cuero en la parte interna. Los trompetas vestían con los colores invertidos, vale decir chaquetas rojo grana con los vivos y vueltas azules”.



1813

28 de enero

3 de diciembre

San Martín parte de Buenos Aires al mando de 120 hombres para castigar las incursiones realistas a los pueblos ribereños del Paraná. Se libra el combate de San Lorenzo (3 de febrero).

El coronel San Martín es designado jefe del Ejército del Norte.



EL SABLE DE LOS GRANADEROS, CONOCIDO COMO “LATÓN”, ERA UN ARMA TEMIBLE, CUYO MANEJO SAN MARTÍN SE PREOCUPÓ DE ENSEÑAR PERSONALMENTE A CADA SOLDADO. LA HOJA ERA AFILADA DE MODO TAL QUE AL CAER SOBRE EL ENEMIGO PROVOCABA GRAVES HERIDAS O LA PROPIA MUERTE.

+
Esta arma se exhibe en el Museo del Regimiento de Granaderos a Caballo.

Rumbo a la independencia de tres naciones

Meses más tarde, el 10 de agosto de 1814 fue nombrado gobernador intendente de Cuyo. Poco más tarde comenzó la formación del Ejército de los Andes que

dio la libertad a tres naciones de América, tras la batalla de Chacabuco (1817), la campaña al sur de Chile, la gran victoria de Maipú (1818) y la expedición

militar y naval al Perú. Con la entrada del general a Lima y la proclamación de la independencia peruana el 28 de julio de 1821 se materializó el proyecto

concebido por el Gran Capitán al dar forma a su glorioso regimiento de Granaderos.

SAN MARTÍN Y SUS SOLDADOS PARTEN HACIA LA GLORIA

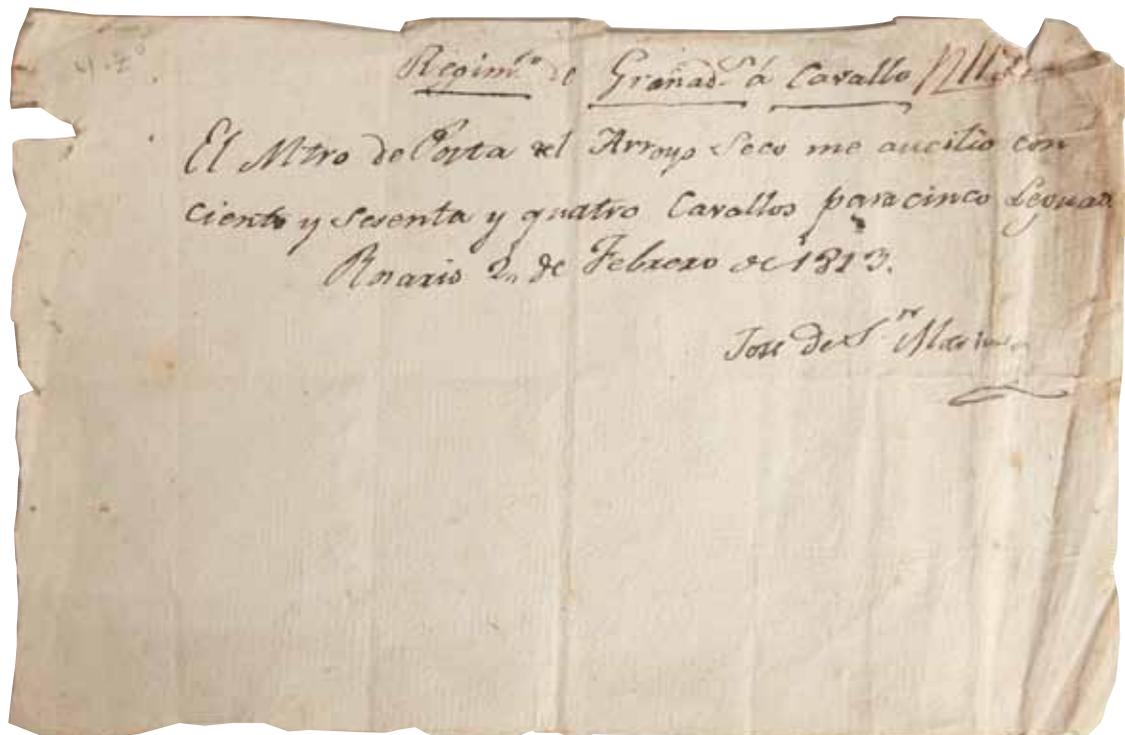
Los desembarcos de los realistas de Montevideo se hacían cada vez más frecuentes, con la consiguiente intranquilidad y daño para los pobladores. Ante tal situación, el gobierno le ordenó a San Martín que marchase a interceptarlos y aniquilarlos.

El coronel –había sido ascendido el 7 de diciembre de 1812– partió de Buenos Aires el 28 de enero a marchas forzadas, siguiendo el camino de las postas a Santa Fe por Santos Lugares, las Conchas (hoy Tigre), Arroyo Pinazo, Pilar, Cañada de la Cruz, Areco, Cañada Honda, Arrecifes, San Pedro, San Nicolás, Arroyo Seco, Arroyo del Medio, Rosario, Espinillo y San Lorenzo. Pese al esfuerzo, estaba atrasado dos días con respecto a la expedición española.

En la noche del día 2 de febrero, llegó a la posta de San Lorenzo, distante 5 kilómetros del convento. Allí encontró los caballos que el comandante militar de Rosario, Celedonio Escalada, había reunido como elementos de refresco o remonta. El comandante Escalada era un español al servicio de la Revolución que había sido capitán de Patricios encomendado por Belgrano.

Para confundir al enemigo, San Martín, que lucía su austero uniforme de campaña a pesar de los rigores del verano, llevaba la cabeza cubierta por un modesto sombrero de paja de ala ancha y estaba enfundado en un poncho. De esa manera podía aproximarse a la costa y seguir los movimientos de la flota española sin temor a que los catalejos de gran alcance descubriesen una presencia militar. En la posta, San Martín se encontró con un viajero que descansaba en su carruaje desenganchado. Era William Parish Robertson, comerciante británico, de los muchos que había desde 1810 en el Río de la Plata y que, como era habitual en no pocos de ellos, anotaba puntualmente sus vivencias para uso propio o información de las autoridades británicas. Le tocaría ser testigo privilegiado del hecho de armas que se avecinaba y dejar una vívida narración del bautismo de fuego del Libertador y de su flamante unidad en suelo americano.

+
Recibo con la firma del coronel San Martín por 164 caballos cedidos por el maestro de postas de Arroyo Seco. Está fechado en Rosario el 2 de febrero de 1813.



APRESTOS PARA LA LUCHA

Refrescados los caballos, se reanudó la marcha. Aquella misma noche, la columna de granaderos llegó al convento de San Carlos, austero edificio iniciado en 1792 y aún inconcluso, y ocupó en silencio los patios traseros. Los recién llegados no encontraron ser humano alguno pues los frailes franciscanos se habían marchado dos días antes a raíz de la amenaza de nuevos desembarcos. Luego del 30 de enero hubo otra incursión el 2 de febrero, pero no en la costa sino en una isla vecina.

San Martín, que había prohibido que se encendieran fuegos o se hablara en voz alta, subió a la espadaña y observó con su catalejo la presencia del enemigo, denunciada por las luces de los fanales de comunicación entre los buques. Seguidamente reconoció el terreno vecino y, basándose en las noticias que le había dado Escalada, trazó su plan de combate.

Contaba con 120 granaderos y 50 milicianos de los Arroyos, y tenía conocimiento de que el capitán realista Antonio Zabala poseía 250 soldados. Pero a pesar de la superioridad numérica, el coronel estaba seguro de triunfar.

Al frente del convento y hacia la barranca del río se extendía una planicie adecuada para las maniobras de la caballería. Desde el atrio y al borde de la barranca existía una distancia de poco más de 300 metros, que San Martín consideró suficiente para dar una carga de fondo. La subida podía practicarse a través de dos sendas sinuosas, pero sólo una resultaba adecuada para el avance de la infantería en formación, que además conducía dos pequeños cañones.

Con un rápido golpe de vista, San Martín apreció el posible curso de la acción. Ordenó que los granaderos saliesen del patio y se emboscaran a ambos lados del convento, con los caballos ensillados y las armas preparadas.

Volvió a subir a la espadaña y, al dar las cinco de la mañana, se percató de que de los buques se desprendían lanchas de desembarco con tropas que se dirigían al llamado puerto de San Lorenzo, ubicado al pie de la barranca, cerca de la desembocadura del arroyo. Allí la orilla era menos escarpada que frente al convento y esto facilitó el paso de los infantes de Zabala con sus cañoncitos navales de cuatro libras.

“EL ESTRUENDO DE UN CICLÓN...”

No había transcurrido media hora cuando asomaron los atacantes por el borde de la barranca, formados en dos columnas y luciendo sus blancos uniformes de verano. Marchaban con las banderas reales de Montevideo desplegadas, al son de pífanos y tambores.

Según Robertson, que lo había acompañado desde su reciente encuentro, el coronel “volvió a bajar corriendo luego de decirme: ‘Ahora, en dos minutos más estaremos sobre ellos, sable en mano’”. San Martín ordenó no realizar disparos ni de carabina ni de pistola, para no alertar al adversario. El desenlace se produciría a sable y lanza.

De inmediato, colocándose al frente de sus hombres, los arengó con estas palabras: “Espero que tanto los señores oficiales como los granaderos se portarán con una conducta tal cual merece la opinión del regimiento”. En seguida se puso al frente de la segunda columna y dio el mando de la primera al capitán montevideano Justo Germán Bermúdez, ordenándole flanquear y cortar la retirada a los incursores: “En el centro de las columnas enemigas nos encontraremos

[dijo], y allí daré a usted mis órdenes”.

San Martín atacaría al enemigo de frente, mientras su segundo, tras practicar un rodeo, caería sobre el flanco de los infantes para impedirles la retirada.

Zabala, que no pudo reprimir su sorpresa al oír el toque de carga y contemplar en el mismo instante la masa que lo atacaba, ordenó a sus soldados que formaran en martillo pues no había tiempo para hacerlo en cuadro, ya que los granaderos no se arrebaban con las bajas que les provocaban las piezas de artillería. Era, al decir del poeta Belisario Roldán, “el estruendo de un ciclón”.

Las cabezas de columna españolas, desorganizadas en la primera carga, se replegaron sobre las mitades de retaguardia y abrieron un nutrido fuego sobre los atacantes, algunos de los cuales quedaron clavados en la punta de sus bayonetas.

San Martín, al frente de su mitad, se encontró con la columna que mandaba en persona Zabala quien, según Mitre, era corpulento y de elevada estatura.

+
San Martín a punto de ser herido en el rostro. Juan Bautista Cabral intenta librarlo del peso del caballo que lo aprisiona mientras el granadero Baigorria ataca con su lanza al soldado realista que busca clavarle su bayoneta.

Adviértase que el cuadro presenta algunos errores históricos tanto en los uniformes de los granaderos como de los infantes españoles. Al fondo se observa un campanario que en la época del combate no existía.

Óleo de Francisco Fortuny (1865-1942). Museo del Regimiento de Granaderos.



El combate duró sólo quince minutos pero puso en riesgo la vida del coronel patriota. Al ser atacado el sector que comandaba por un nutrido fuego de metralla y fusilería, su caballo resultó herido y cayó a tierra oprimiéndole una pierna, mientras un infante realista le provocaba una herida leve en el rostro. Otro soldado intentó rematarlo con su bayoneta, pero el certero lanzazo mortal del granadero puntano Juan Bautista Baigorria salvó al comandante. Mientras tanto, el soldado correntino Juan Bautista Cabral echó pie a tierra y liberó a San Martín del peso que lo sujetaba. El granadero cayó a su vez con dos heridas mortales y murió diciéndole a su jefe: "Muerdo contento. ¡Hemos batido al enemigo!"

Los españoles, desmoralizados y desechos, comenzaron a replegarse hacia la barranca con sus muertos, heridos y cañones, mientras procuraban formar cuadro. En aquellos momentos, la escuadrilla al mando del corsario Rafael Ruiz rompió fuego desde el río para proteger la retirada.

El capitán Bermúdez se hizo cargo del mando ante la herida de su jefe, quien tenía un brazo dislocado por la caída, e hizo retroceder a los realistas, pero en la persecución de la segunda carga, fue gravemente herido por un disparo hecho desde las naves. Trasladado con los otros heridos al hospital de sangre, sufrió una amputación seguida de una hemorragia infecciosa. Murió el 14 de febrero de 1813 y fue sepultado en el cementerio del convento.

El teniente Manuel Díaz Vélez se desbarrancó en el ardor del ataque, pues montaba un brioso caballo.

Recibió tres heridas, una de bala en el cráneo y dos bayonetazos en el pecho, y quedó prisionero. Fue canjeado al día siguiente junto con tres lancheros paraguayos capturados antes del combate, quienes se incorporaron voluntariamente al regimiento. Este oficial murió seis meses más tarde en Buenos Aires sin haber recuperado el conocimiento. En cuanto a los lancheros, merece especial mención José Félix Bogado, quien llegó a coronel y regresó a la patria en 1826 a la cabeza de 22 granaderos, tras pelear en las últimas batallas por la independencia americana. De ellos, sólo cuatro habían combatido en San Lorenzo.

Bouchard toma la bandera realista

El alférez Hipólito Bouchard, nacido en Saint-Tropez, Francia, el 15 de enero de 1780, que había comandado el bergantín 25 de Mayo durante el combate naval de San Nicolás, se había incorporado poco después de creado el regimiento.

En medio de la carga de San Lorenzo se abalanzó sobre el abanderado realista y le dio muerte con su sable. Con pocas palabras, en su media lengua franco-española, le entregó a San Martín la enseña española cuya asta llevaba aferrada a la montura. Pocos días más tarde, la Asamblea General Constituyente le expedía su merecida carta de ciudadanía. No tardaría en volver al mar y protagonizar hazañas corsarias como comandante de la fragata La Argentina que enarboló el pabellón argentino por todos los mares del mundo.



+
Bandera "coronela" con emblemas de Montevideo.
Presumiblemente es la tomada por Hipólito Bouchard en San Lorenzo. Museo Histórico Provincial de Rosario "Dr. Julio Marc".

SAN LORENZO

EL ESCENARIO DE LA VICTORIA

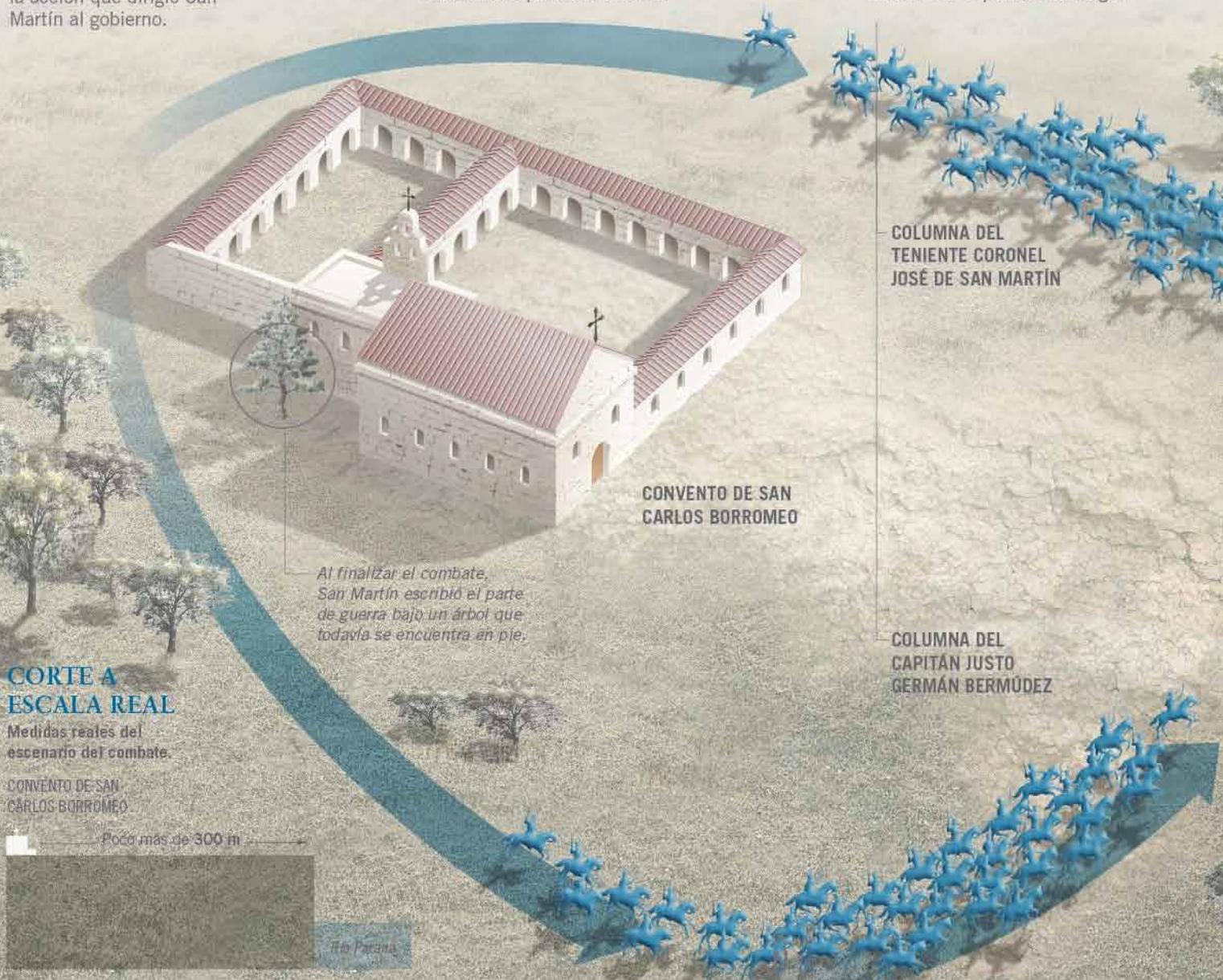
El 3 de febrero de 1813, al amanecer, los realistas desembarcaron próximos al Convento de San Carlos Borromeo. Allí los aguardaba San Martín, quien los arrojó con sus tropas a caballo.

EL COMBATE, PASO A PASO

Reconstrucción realizada sobre la base del parte de la acción que dirigió San Martín al gobierno.

1. Los patriotas se ocultaron detrás del Convento San Carlos Borromeo. San Martín y sus hombres esperaron el desembarco enemigo. Aguardaron con los caballos ensillados y con sus lanzas listas para el combate.

2. Ataque de granaderos al mando de San Martín y de Justo Bermúdez. Divididos en dos columnas, se lanzaron al ataque de las fuerzas realistas. La columna de San Martín fue la primera en llegar.



UBICACIÓN



FUERZAS ENFRENTADAS

120
GRANADEROS A CABALLO

Al mando del teniente coronel José de San Martín.



250
HOMBRES DE LA INFANTERÍA REALISTA
Al mando del capitán Antonio Zabala.

3. Choque con los realistas al mando de Juan Antonio Zabala

La columna de San Martín embistió primero. Al llegar la segunda columna, los realistas, que habían desembarcado en una bajada de la barranca, no lograron reorganizarse.

4. Los realistas vencidos, se batieron en retirada

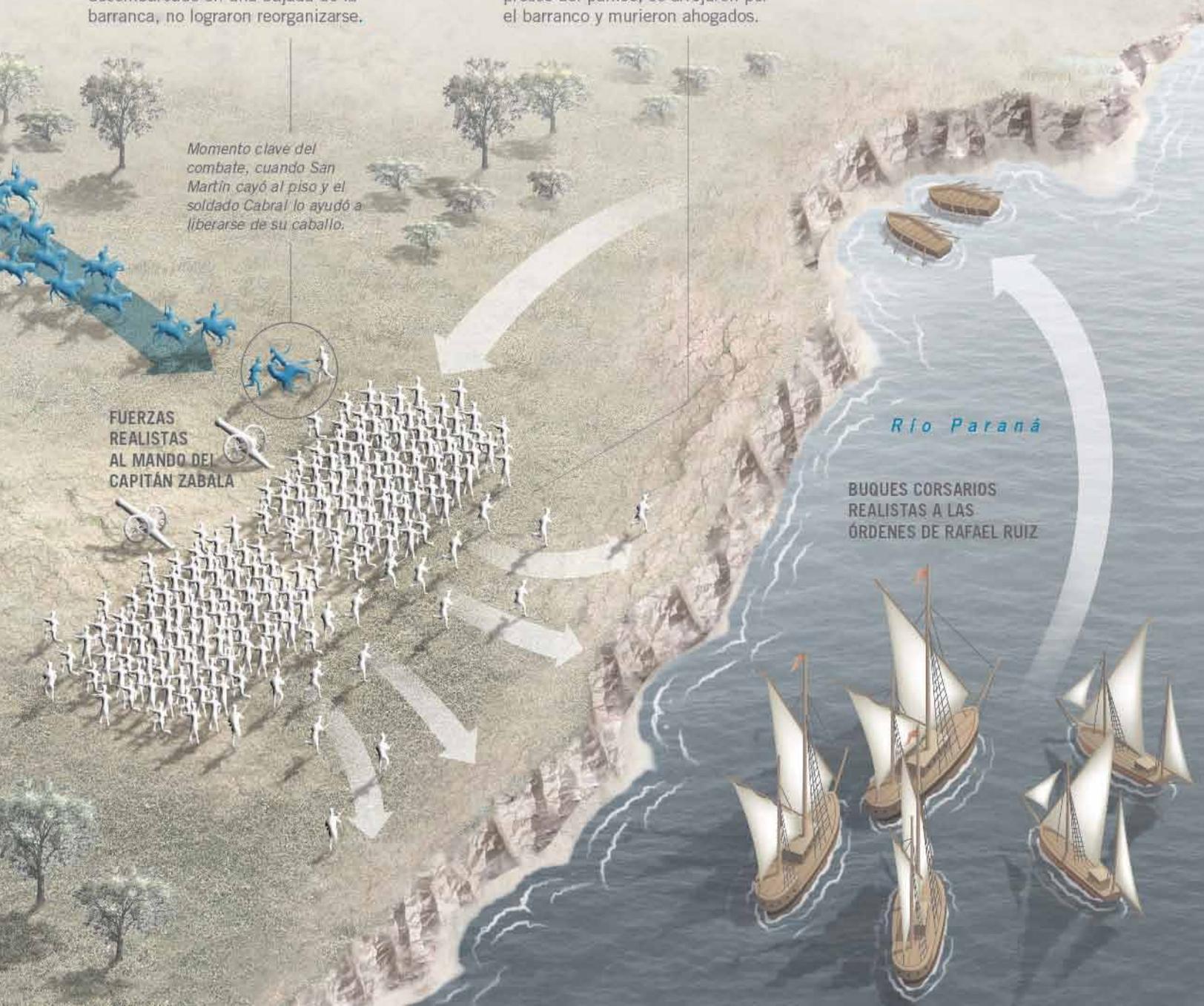
Obligados a huir y con muchas bajas en su haber, los realistas emprendieron la retirada. Algunos, presos del pánico, se arrojaron por el barranco y murieron ahogados.

Momento clave del combate, cuando San Martín cayó al piso y el soldado Cabral lo ayudó a liberarse de su caballo.

FUERZAS REALISTAS AL MANDO DEL CAPITÁN ZABALA

Río Paraná

BUQUES CORSARIOS REALISTAS A LAS ÓRDENES DE RAFAEL RUIZ



EL PARTE DEL TRIUNFO

Los últimos dispersos españoles se lanzaron en fuga precipitándose por el despeñadero.

Los granaderos tuvieron 27 heridos, 15 muertos y un prisionero. Varios soldados quedaron inútiles para el servicio y recibieron cédulas de invalidez. San Martín se ocupó de todos ellos y pidió el 27 de febrero amparo para las familias de Bermúdez y Cabral. Otro tanto hizo el 22 de mayo en favor de la de Díaz Vélez.

Finalizada la acción, el coronel suministró víveres frescos para los heridos enemigos por pedido de su jefe, a quien recibió y con el que compartió un desayuno antes de que volviera a embarcarse en la escuadrilla. A la sombra de un pino que aún se

conserva, redactó el parte de la victoria.

El documento, de sencillez espartana, luego de narrar el desarrollo del encuentro, agradecía “el valor e intrepidez que han manifestado la oficialidad y tropa de mi mando [y que] los hace acreedores a los respetos de la patria”. Además recomendaba la cooperación del “esforzado y benemérito párroco [de Rosario] doctor Julián Navarro, que se presentó con valor animando con su voz y suministrando los auxilios espirituales en el campo de batalla” y señalaba los méritos de los oficiales voluntarios Vicente Mármol y Julián Corvera, “que a la par de los míos permanecieron con denuedo en todos los peligros”. Por último señalaba el mérito estratégico de un combate en apariencia insignificante por el número de hombres enfrentados:

“SEGURAMENTE EL VALOR E INTREPIDEZ DE MIS GRANADEROS HUBIERAN TERMINADO EN ESTE DÍA DE UN SOLO GOLPE LAS INVASIONES DE LOS ENEMIGOS EN LAS COSTAS DEL PARANÁ SI LA PROXIMIDAD DE LAS BAJADAS NO HUBIERA PROTEGIDO SU FUGA, PERO ME ARROJO A PRONOSTICAR SIN TEMOR QUE ESTE ESCARMIENTO SERÁ UN PRINCIPIO PARA QUE LOS ENEMIGOS NO VUELVAN A INQUIETAR A ESTOS PACÍFICOS MORADORES”.

Así ocurrió. Como afirma Mitre, el combate fue de escasa importancia militar pero de gran trascendencia para la Revolución:

“Pacificó el litoral de los ríos Paraná y Uruguay, dando seguridad a sus poblaciones; mantuvo expedita la comunicación con Entre Ríos, que era la base del ejército sitiador de Montevideo; privó a esta plaza de auxilio de víveres frescos con que contaba para

prolongar su resistencia; conservó franco el comercio con el Paraguay, que era una fuente de recursos; y, sobre todo, dio un nuevo general a sus ejércitos y un nuevo temple a sus armas”.

El futuro Libertador demostró sus dotes militares, y el cuerpo que comandaba inició una carrera de triunfos y de glorias que llegó hasta el fin de la lucha emancipadora en la batalla de Ayacucho.



Horacio Butler
(1897-1983)

“Desembarco”

El pintor argentino brindó esta original versión del combate de San Lorenzo.

“Combate de San Lorenzo”,
Julio Fernández Villanueva.

Óleo sobre tela (1890).
Museo Histórico Nacional

